



# “MANZANITA”

por Miguel Angel Quevedo

“Oye, mulato!”

La frase tiene un eco permanente en nuestros oídos. Más aún: está clavada, floreciendo, en este cofre de sentimientos que es el corazón.

Sí, así exclamaba cada vez que nos encontrábamos, —cada vez que se encontraba con un amigo— aquel muchacho doctorado en todas las ternuras que era José Antonio Echevarría.

Pero nosotros correspondíamos a aquella expresión con otro alarde de cariño: “Cómo estás, “Manzanita”?”

Y Manzanita, aquel José Antonio que volcaba la amistad cuando ofrecía la mano, al escuchar el afectuoso mote, hacía trepar a sus labios una sonrisa que era como la mejor credencial de su espíritu.

Siempre se reunía con nosotros porque de veras José Antonio era de los que no podían faltar a nuestra mesa, en la tertulia de la Finca Buenavista, en las reuniones amables de todos los sábados.

Manzanita en suma, era imprescindible en esto que los filósofos

llaman vivir y que, a veces —casi siempre— es agonizar—luchar en muchas ocasiones sin compensación alguna.

Y decimos esto porque Manzanita no merecía la muerte que le dieron unas bestias enfermas de crimen. Hombre perpendicular, puro, desposeído de oropeles inútiles, su empeño por salvaguardar la dignidad humana fue una línea recta que jamás se quebró.

El fatídico 13 de marzo de 1957 en que José Antonio fue asesinado, no ha caído todavía del almanaque de nuestro recuerdo. Está ahí. Nunca descenderá a la niebla del olvido.

Aún nos estremecemos al recordar la noticia de la caída del inolvidable José Antonio. ¿Cómo no sentir en la serenidad del alma aquel suceso que anegó de duelo nuestra existencia? Aquella muerte —aquella frustración de ensueños juveniles— fue en verdad una derrota de nuestras esperanzas por encontrar un mundo de justicia. Pensar que Manzanita había descendido a las impenetrables sombras, sólo por querer que la libertad tornase a su estado habitual y el

despotismo y el deshonor no imperasen en la patria de José Martí, significaba para nosotros que algo andaba mal en los dictados del destino. No, no era posible que quien estaba en el encantamiento de la edad, fuera llevado a la tumba acribillado por la ferocidad de unos desalmados.

Aprendimos a querer a José Antonio porque era habitualmente una lección. Risueño, cordial, entero, saliente, jamás abandonaba su juvenil inquietud, o aquel andar de prisa en busca de algo importante, ya con los muchachos de la FEU, ya con sus amigos de simples compromisos sociales, ya con sus bizarros compañeros de ideales.

Era como nuestro hijo. Regularmente nos consultaba sus proyectos, sus ideas medulares. Cuando pensó en la creación del Directorio Revolucionario, vino a vernos y nos expuso con nobleza y sinceridad lo que se proponía llevar a cabo.

En todo instante la voz de Manzanita nos llegaba al oído y para nosotros era un honor, porque él representaba el honor mismo.

Le salía la caballerosidad por todas partes.

Nadie como él asimiló de tan relevante modo el sentido de la responsabilidad, la conciencia del deber, la gracia de la amistad.

Hoy, instalado ya en la posteridad —en la inmortalidad— no podemos ofrecerle otro presente que la misión de recordarlo siempre, de llevarlo eternamente dentro del pecho, de tenerlo vivo, sonriente, afectuoso, ancho de voluntad, inmenso de heroísmo en el sagrario de nuestra memoria.

Las vidas ejemplares y los gestos heroicos no se olvidan.

Y Manzanita, el entrañable José Antonio Echevarría de todo nuestro afecto, perdura y perdurará en la luz de nuestra existencia hasta la noche inevitable.

O hasta más allá. Hasta más allá de la eternidad de la siesta definitiva.

Siempre te escucharé exclamar, José Antonio:

“¡Oye, mulato!”

Y te responderé, con la sonrisa amarga de no verte:

“¿Cómo estás, Manzanita?”